

Ocurrió con la rapidez con la que solo los hechos trágicos de la vida suceden.

Un hombre corre torpemente. Pese a su vigor y a su atlética constitución, sus pasos son cada vez más cortos y caóticos. Su corpulencia, tan útil en el pasado, es ahora un estorbo. Aferrando con sus manos un cayado, pugna desesperadamente por no tropezar mientras atraviesa con dificultad las inclinadas laderas de los prados cercanos a la cabaña. No puede evitar desmoronarse. Una y otra vez. En sus grandes ojos hay temor, impotencia y rabia.

Extenuado, levanta la vista. Al divisar una densa columna de humo, que parece nacer de la misma tierra, su angustia se vuelve insoportable. La lucha por incorporarse es cada vez más desigual, pero aún es capaz de reunir fuerzas suficientes para lograrlo.

Continúa acercándose a su hogar. Cree estar ya suficientemente cerca y trata de alzar la voz. Sus violentos jadeos ahogan en su garganta un grito de advertencia. Es capaz de encadenar cuatro o cinco pasos seguidos más, pero apenas avanza ya. Cae y se incorpora. Una vez. Otra.

Es su última caída. Lo sabe. Un horrible y gutural sonido emerge de su desesperación y atraviesa el paisaje. Abandonándose, alza los ojos y contempla por última vez lo que más ama. Su bordón, al que se aferra desesperado, apenas le sostiene unos segundos antes de hundirse definitivamente en el mullido prado que comienza a enrojecer. Mientras cae dibuja un gesto en el aire con su mano.

Una profunda inquietud sacude a la joven de la cabaña. Su instinto la empuja fuera de la casa. Abre con violencia la puerta y da unos pasos. El pánico la paraliza al contemplar la escena. Ha descubierto, con fatal nitidez pese a la distancia, la lanza que sobresale de la espalda de su esposo. Aún está lejos para apreciar el torrente de sangre que brota de su horrible herida, pero puede olerlo. Siente la lanzada como si fuese suya.

Echa a correr hacia él. Un bramido desesperado la detiene. Rápidamente, vuelve sus ojos hacia la casa. El niño intuye la tragedia. Permanece de pie junto a la puerta. Inmóvil. Rígido. Sin atravesar su umbral. La cabaña lo retiene con una fuerza sobrenatural. Ni siquiera es capaz de expresar su angustia.

La joven siente el flujo de la sangre en sus venas como brutales impactos. El choque contra sus sienes es enloquecedor. Camina dubitativa, sin dirección. Se tambalea. A cada paso se detiene y gira su cabeza. Mira al hombre. Luego al niño. Hombre. Niño. Ella.

Vuelve sus ojos hacia el hombre. Solo unas decenas de pasos la separan de su amado. Entonces, súbitamente, comprende que la distancia no disminuirá nunca. Algo mucho más terrible e insalvable les aleja. Sus entrañas arden de pánico. Ni siquiera sus lágrimas pueden apagar el fuego que la consume ferozmente.

Ella también grita, pero su instinto maternal, como el de cualquier hembra que sintiera su hogar y su prole amenazados, obra con rapidez y determinación. No necesita pensar, solo dejarse llevar por su naturaleza. No quiere, pero sabe que debe alejarse del hombre que ama.

Regresa sobre sus pasos y estrecha con fuerza al pequeño entre sus brazos. Trata de protegerlo, pero no podrá evitar que la muerte grabe a fuego aquella escena en la memoria de su hijo.

El pequeño no llora. Su corazón parece detenido. El instinto de supervivencia prevalece. Para llorar hay que vivir. Ese afán agudiza sus sentidos. Su vista recorre aquella escalonada sucesión de prados, bosques y peñas por última vez. Sus oídos distinguen, con mayor fuerza a cada instante, los sonidos mezclados de hombres y bestias: el potente relinchar de los caballos que protestan; el retumbar de las pisadas sobre la hierba; las enérgicas exclamaciones de sus amos; el metálico sonido de las armas al chocar...

Los gritos se confunden. Es la hora de la excitación. Y de la urgencia. Decenas de gargantas vociferan pavorosas expresiones. Lo humano y lo divino son invocados con

osadía. Entre la insoportable bulla, ferozmente escupidas, surgen palabras ininteligibles y amenazadoras.

De repente, las voces adquieren forma. Son rostros oscuros y curtidos. Una mezcla de cansancio y violencia los deforma haciéndolos parecer más horribles aún. Gestos extremos, frentes arrugadas, caras desencajadas. Menguados, los ojos brillan siniestros. Repugnantes hileras de dientes, mellados y repulsivos, asoman a cada jadeo como sierras cortantes dispuestas a clavarse en su presa.

Descabalgan. Los atuendos militares estorban y son apartados violentamente. Las armas se transforman en bordones que hieren la tierra. Los guerreros atraviesan el bosquecillo cercano. Pronto, algunos comienzan a salir de él e irrumpen en el prado. Su aparición hipnotiza al pequeño. Jamás podrá olvidarlos.

El tiempo ya no les pertenece. Huir. Solo queda huir. Ni siquiera el impacto de un dardo detiene la carrera que ha iniciado la joven viuda. Apretando los dientes, continúa corriendo sin soltar a su hijo. Aferra su mano con la fuerza de un gigante. El niño ni siquiera la siente.

El río está cerca. Las aguas del Aragón Subordán, antes solo un murmullo, rugen ahora. Están a punto de alcanzarlas, pero sus perseguidores son expertos cazadores y han previsto su ruta. Un pequeño grupo de guerreros les cierra el paso interponiéndose entre ellos y el agua. Se acercan.

Súbitamente, la mujer cambia de dirección. Sus ágiles zancadas le permiten ascender con rapidez a través de un caos de rocas caprichosamente dispuestas. Lleva a su hijo en volandas. Los pies del niño apenas rozan el suelo. Solo siente la mano firme de su madre que trepa con mayor determinación cada vez. Parece incansable. Apenas resbala. A pesar de algunos traspies, se rehace con tal rapidez que incluso logra incrementar su ritmo. Así continúa hasta perder la noción del tiempo. No piensa. Solo trepa. Trepa.

La maniobra ha tenido éxito. Los guerreros ascienden con gran dificultad. Algunos consiguen avivar el paso, pero sin la rapidez necesaria para alcanzarlos. Además,

la treta de la joven les ha sorprendido. Vacilantes, dudan concediendo a sus presas un tiempo precioso. Los guerreros comienzan a asumir su derrota. Pese a ello, no desisten.

Madre e hijo ralentizan su paso conforme se acercan al final de su ascensión. Pronto será imposible subir más. Al menos por ese lado. Tampoco es posible retroceder. Los extranjeros, aunque a cierta distancia, continúan trepando. La joven, sin soltar al niño, avanza unos pasos y se asoma con cuidado al precipicio. Abajo, entre los rápidos, enormes rocas asoman amenazadoras. La mujer escruta con atención el fondo del río. Sus aguas han excavado también algunas badinas cuya profundidad no logra entrever. Mira a un lado. Luego a otro. Sujetando al niño entre sus brazos no podrá escalar las verticales paredes excavadas pacientemente por el río. Sola tal vez lo conseguiría, pero a su hijo le resultaría imposible.

Los guerreros ascienden lentamente. Avanzan paso a paso, pero avanzan. Ha de tomar una decisión. Medita. Las voces de los hombres suenan más cercanas. La naturaleza les ofrece una última oportunidad. Deben arriesgarse.

La joven mira hacia atrás una última vez. Desde allí arriba, contempla con tristeza lo que fue su hogar. Altivas lenguas de fuego arrasan las sencillas construcciones que con tanto esfuerzo levantaron juntos en medio de aquel hermoso y verde praderío. No muy lejos yace muerto el hombre al que todavía ama. Ni siquiera ha podido enterrarlo. Se consuela imaginando que la cabaña es una enorme pira funeraria. Tal vez los buitres se apiaden de él, consuman su cuerpo y eleven su espíritu hasta el cielo. Hacia la paz que ansiamos. Eso cree. Al menos, es lo que ha oído contar. Algún día volverá a reunirse con su esposo. Eso la reconforta. Algún día, sí, pero ahora debe salvar a su hijo.

Los extranjeros acortan distancias. Ya puede ver al primero. El cansancio acumulado tras todo un día de marcha a través de las montañas se refleja en su rostro. La lentitud de sus movimientos revela su agotamiento. Pese a ello, no tardará en alcanzarles.

La mujer aprieta el pequeño y cálido cuerpecito contra el suyo y lo abraza con fuerza. El niño, confiado, hunde su cabeza en el pecho de la joven. Un instante después madre e hijo sobrevuelan las limpias aguas del río. Bruscamente, irrumpen en su seno. Después, nada.